



Georgette

Con su largo camisón tableado, los ojos muy despabilados, la trenza suelta y los pies descalzos, Georgette ha entrado en el comedor donde sus papás presiden la mesa rodeados de unos cuantos amigos invitados.

Georgette viene á despedirse de todos porque es ya su hora de acostarse. Ha agarrado su muñeca, la inseparable compañera, y avanza torpemente porque se pisa el largo camisón á cada paso.

Ha besado á todos y ya se retira de la mano de la doncella, cuando su mamá le dice:

—¡Georgette!

—Maman — responde la niña.

—¿Has dicho la oración?

—No, *maman*... La diré luego, como todas las noches, contigo y con papá— dice Georgette.

—No, no... —contesta la señora.—Luego será tarde y estarás ya dormida. Dila aquí, delante de estos señores.

Georgette viene hasta el centro del comedor, y siempre con su muñeca en los brazos, se arrodilla. Los invitados abandonamos la mesa y rodeamos á la niña que mira á todos sonriente.

Porque es una deliciosa criatura de cuatro años que vagaba perdida por los caminos, cuando una tarde la encontraron estas buenas almas, las cuales la arrebataron de las garras de una vieja borracha que la golpeaba, mientras la pobre niña, atemorizada, no se atrevía á gemir siquiera. Este joven matrimonio la recogió, la adoptó, hizo de ella su hija, y la infeliz criatura parece que se da perfectamente cuenta del bien que ha recibido. Ahora es feliz; tiene trajes bonitos, una camisa muy blanda, una muñeca muy rubia y, sin embargo, de sus ojos no se ha borrado todavía el espanto.

No se le puede hablar de la vieja que la maltrataba porque rompe á llorar y quiere huir... ¡Cuatro años, señor!

Nosotros recordamos esta historia mientras la estamos viendo arrodillada en el centro del comedor y haciendo esfuerzos para recordar las oraciones que le han enseñado á decir todas las noches á la hora de acostarse.

Y al fin comienza... Pero constantemente su mamá tiene que rectificarle, salta de unas cosas á otras, se olvida, y luego hay aquí tanta gente que la está mirando... La pobre niña se aturde, se confunde... ¡Cuatro años, señor!

—*Je vous salue, Marie* — murmura á media voz.—*Vous êtes bénie*...

—No— dice su mamá,—no es así...

—¿No?—pregunta Georgette abriendo los ojos muy espantada. Y luego exclama:—¡Ah! Sí... Es verdad... *Le Seigneur est avec vous*...

Y así, poquito á poco, acudiendo en su ayuda á cada instante, Georgette dice sus oraciones: el Avemaría, la Salve, el Padrenuestro, siempre de rodillas, y apretando contra su pecho la muñequita rubia, su inseparable compañera, que at acostarla ha cerrado ya los ojos.

Cuando Georgette ha pronunciado el último *Ainsi soit-il*, y nos mira á todos radiante, su mamá le dice:

—Ahora di tu oración á Jesús.

¡Oh! Esta sí que la sabe bien, ésta la dice de memoria, sin un tropiezo, sin una equivocación; se coloca la muñeca debajo del brazo para poder juntar sus manitas con devoción.

—*Oh! Mon petit Jésus! Je vous aime! Bénissez-moi! Bénissez papa, maman, tous mes amis et la petite poupée aussi! Donnez á tous la santé et le bonheur! Ainsi-soit-il!*

Y poniéndose en pie, Georgette nos envía un beso con la mano y se aleja dándose pisotones en el camisón.

Nosotros volvemos á ocuparnos de nuestros puestos en la mesa, pero estamos silenciosos, no nos atrevemos á mirarnos cara á cara, pues sentimos que tenemos húmedos los ojos y nos avergüenza que se nos conozca esta emoción. ¿Por qué, si es pura?...

¿Por qué hemos de avergonzarnos de manifestar de esa manera un sentimiento hermoso? Cuestión de hábito, de preocupaciones arraigadas que cuesta trabajo disipar, por más que se reconozcan plenamente como tales.

Todavía á lo lejos, escuchamos la vocetita de Georgette, que repite las frases de la sencilla y hermosa oración, complaciéndose con ella como si fuera una canción linda.

Y nosotros siempre silenciosos, la escuchamos, ansiando prolongar el espectáculo de tanta inocencia y de la recompensa de una bella acción. Escuchamos y la oímos de nuevo gritar:

—¡Adiós, *maman*!

Y por el corredor adelante repite en voz muy alta, para hacerse oír bien ahora que está sola y no la atemoriza nuestra presencia:

—*Bénissez papa!... Maman!... Tous mes amis!... Mon petit Jésus et la poupée aussi!*...

¡Cuatro años, señor!

JOSÉ JUAN CADENAS.

